

TÚ, ¿ME AMAS?

La Oración
en la vida de un apóstol



Hermano Yannick HOUSSAY, Superior General
HERMANOS MENESIANOS

Agosto 2012

Circular 308

TÚ, ¿ME AMAS?

*La Oración
en la vida de un apóstol*

**HERMANO YANNICK HOUSSAY, S.G.
HERMANOS DE LA INSTRUCCIÓN CRISTIANA**

AGOSTO 2012

D+S

CIRCULAR 308

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	7
EL BAUTISMO, PUERTA DE LA ORACIÓN.....	11
LA ORACIÓN, EN EL CORAZÓN DE NUESTRA ESPIRITUALIDAD APOSTÓLICA.....	23
ACTITUDES FUNDAMENTALES DEL ORANTE.....	35
LA ORACIÓN, UN CAMINO PERSONAL DE VIDA	53
1. UN CAMINO DE VIDA.....	55
2. DEJARLO TODO PARA SEGUIRLE.....	59
CONCLUSIÓN.....	69

Portada :

Una parte del "Cristo de los ultrajes", de Fray Angélico : Santo Domingo está representado aquí en actitud de escucha intensa y apacible de la Palabra. Examina el libro cuidadosamente. Lo consulta. Pasa sus páginas bajo la guía del Espíritu, representado por la estrella que está encima de su cabeza, como para discernir mejor el Camino, la Verdad y la Vida.

*"Piensa a menudo en Dios al hablar con los hombres;
recógete para orar en lo secreto, pero sin violencias,
sin penosos esfuerzos y con una gran sencillez de amor".*
(Juan-María de la Mennais, M. 18)

INTRODUCCIÓN

El documento del Capítulo General de 2012 nos invita, desde las primeras páginas a ser discípulos y apóstoles, a tomar conciencia de que sólo podemos evangelizar dejándonos evangelizar. Al recorrer todos sus textos, descubrimos las diferentes áreas que se relacionan con nuestra misión de evangelización. Somos interpelados sobre el carácter evangélico y menesiano de nuestras obras educativas, la calidad evangélica de nuestra relación con los jóvenes y nuestra apertura hacia los pobres con un corazón fraterno y solidario. Después vienen las cuestiones que se refieren a nuestros itinerarios de formación que nos permiten adquirir esta forma de ser a la vez discípulos y apóstoles de Cristo.

A través de estos textos, se nos plantea una cuestión fundamental: ¿Aquel que nos llamó y decidimos seguir con el impulso generoso de nuestra juventud, es aún al que seguimos como discípulos del evangelio? ¿Es a Él a quien escuchamos su palabra con un corazón ardiente? ¿Es a Él a quien anunciamos?

De la respuesta a estas preguntas dependen, sin duda, el dinamismo de nuestra Congregación hoy y el de su futuro.

Pedro, débil y pecador, pero apasionado y fogoso, nos invita, en cierta manera, a hacer la experiencia que él vivió:

Después de haber comido, dice Jesús a Simón Pedro: "Simón, hijo de Juan, me amas más que éstos?"

Le dice él: "Sí, Señor, tú sabes que te quiero."

Le dice Jesús: "Apacienta mis corderos."

Vuelve a decirle por segunda vez:

"Simón, hijo de Juan, ¿me amas?"

Le dice él: "Sí, Señor, tú sabes que te quiero »

Le dice Jesús: "Apacienta mis ovejas."

Le dice por tercera vez:

"Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?"

Se entristeció Pedro de que le preguntase por tercera vez:

"¿Me quieres?", y le dijo:

"Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te quiero."

Le dice Jesús: "Apacienta mis ovejas." (Jn 21, 15-17)

A través de las páginas de esta circular, espero sinceramente que cada lector pueda volver a escuchar la pregunta de Jesús: "*¿Me amas?*". Así pues, hay que plantearse la cuestión de la autenticidad de la respuesta : "*¿Es que amo a Jesús de verdad?*"

Sin pretensiones, yo quisiera proponer aquí a cada uno echar una mirada personal al camino de su oración y poder examinar así lo que el Espíritu Santo realiza en él a través de su oración diaria. Le invitaré a recorrer un camino de fe que le permita ponerse ante el misterio fundamental de su vida como hijo de Dios.

Muchos libros abordan las cuestiones metodológicas y el itinerario personal de la oración. Nuestros contemporáneos buscan ayuda sobre cómo orar. Nosotros mismos tenemos

circulares sobre este tema, escritas por los anteriores Superiores Generales, a las que podemos hacer referencia cuando se presente la ocasión. No pretendo decir aquí algo realmente nuevo. Mi único deseo es invitar a cada uno de los Hermanos a examinar la fuerza del amor que le une actualmente a Jesús, y cómo se compromete en este lugar privilegiado de discernimiento espiritual que es la oración y, sobre todo, el tiempo de la meditación silenciosa de la mañana.

Los creyentes, según San Agustín, "*se fortalecen al creer*", nos recuerda el Papa Benedicto XVI en su Carta Apostólica *Porta fidei*. Se podría decir también que se fortalecen al rezar, ya que la oración es, por encima de todo, el acto fundamental de aquel que cree, o más bien de aquel cuya fe es débil, pero que confía en el Señor diciéndole : "*¡Creo, pero ayuda a mi poca fe!*" (Mc 9, 24).

Lejos de hacer, pues, un tratado sobre la oración, mi propósito constará de cuatro partes, en forma de meditación. Comenzaremos por contemplar la belleza de la consagración bautismal. El bautismo es la puerta de la Fe, y por lo tanto también de la oración. Luego trataremos de convencernos, si fuera necesario, de la necesidad de una vida de oración en toda vida apostólica. En la tercera parte vamos a examinar las actitudes fundamentales que permiten al "orante" crecer en el Espíritu. Y concluiremos con algunas reflexiones sobre el crecimiento de la vida espiritual a través del camino por el que nos lleve nuestra oración.

En su libro "Amar a Jesús" (*Mame-Desclée, col. Jesús y Jesucristo, n° 24, p. 11*), **Karl Rahner** nos da buenos consejos sobre cómo hacer una "lectura espiritual". Os propongo su lectura:

*"Una lectura que sólo fuera una breve descripción, no serviría de nada. Se pueden leer las frases a toda velocidad, dando la impresión de que se conocen bien las palabras en cuestión, que todo está bastante claro y también su significado para entender lo que quieren decir. Pero también se pueden leer de otra manera: Las palabras representan, en primer lugar, más una invitación a entrar dentro de uno mismo, según la propia experiencia vivida, que a lo que apuntan. [...] Sólo entiende realmente esas palabras aquel que repasa poco a poco y con paciencia sus experiencias de vida en el acto de la lectura, inclinando siempre el oído a la propia vida, con una actitud de recogimiento similar a la de la meditación, que va recogiendo poco a poco en un estanque, desde todos los lados, un agua clara que llega desde las profundidades. Para quien lee de esta manera, realizando al mismo tiempo la lectura de sus experiencias de vida, las palabras no son tan decisivas, ya que ante sus ojos son tan exactas como una fórmula matemática.... Se podrán mejorar o corregir esas **palabras...** Pero serán pura y simplemente falsas si el lector las lee sin recibirlas con una actitud de amor silencioso que las corrige y mejora, y sin traducirlas al lenguaje mismo de la propia vida.*

I

EL BAUTISMO, PUERTA DE LA ORACIÓN.

Podemos leer de nuevo el magnífico capítulo 2º de nuestro Directorio que nos recuerda la belleza y profundidad de nuestra consagración religiosa. Se presenta al Hermano como el creyente que "*desea ardientemente*" que la consagración bautismal, "*esta consagración fundamental produzca en abundancia los frutos del Espíritu*" (D 21).

¿ Qué es lo que realmente constituye para nosotros esta "consagración fundamental" ? Está dentro de nosotros como la semilla de la parábola que un día sembró un labrador en su campo. "*Duerma o se levante, de noche o de día, la semilla brota y crece, sin que él sepa cómo. La tierra da el fruto por sí misma; primero hierba, luego espiga, después trigo abundante en la espiga. Y cuando el fruto lo admite, en seguida se le mete la hoz, porque ha llegado la siega.*" (Mc 4, 26-29). Así ha germinado y crecido en nosotros la gracia del bautismo que recibimos desde niños a petición de nuestros padres, o que hemos querido recibir nosotros mismos en edad adulta. Desde entonces, la gracia del bautismo se desarrolla en nosotros como una vida que

florece y se afirma. Produce unos frutos que nuestros ojos de carne apenas pueden discernir. Son acciones concretas en nosotros, imperceptibles pero eficaces, del Espíritu Santo. La consagración bautismal nos adentra en una filiación. Nos hace vivir, pues, en el corazón de la prodigiosa relación que Dios nos invita a tener con Él, nuestro Padre. Somos sus hijos. Su vida hace eclosionar en nuestro ser ramas llenas de la savia de libertad y de gozo que sólo Dios puede dar. Somos "divinizados", portadores de la vida divina que hemos recibido y que debemos transmitir a nuestros hermanos. Nuestra identidad personal no se pierde en un gran Todo donde quedaría diluída: Somos introducidos en un diálogo amoroso, donde nuestro Dios Uno y Trino nos comunica su poderosa fecundidad.

Al tratar de entrar más fácilmente en el misterio del bautismo, nos volvemos a encontrar allí con la oración, ese lugar privilegiado del encuentro filial con el Padre, en Cristo y por el Espíritu. Este sacramento nos ha transformado en lo más profundo de nuestro ser, haciéndonos amigos íntimos del Señor, más aún, sus propios hijos. En la dinámica de la gracia bautismal, nuestra consagración religiosa, por la cual *"la semilla del bautismo ha fructificado ya en él"* (D 21), abre nuestro corazón y nuestro espíritu a la verdadera oración que es una ofrenda de nosotros mismos en alabanza a Dios Uno y Trino.

El Catecismo de la Iglesia Católica nos señala algunos de los grandes textos que nos hablan del bautismo. Sólo me detendré en un texto de San Gregorio Nacianceno¹ :

"El Bautismo es el más bello y magnífico de los dones de Dios (...). Lo llamamos don, gracia, unción, iluminación, vestidura de

¹ Catecismo de la Iglesia Católica, n° 1216

incorruptibilidad, baño de regeneración, sello y todo lo más precioso que hay."

Me gustaría tomar una a una cada una de estas palabras, ya que pueden ayudarnos a entender lo que es la verdadera oración, la oración *"del Espíritu que aletea sobre las aguas para que reciban en germen la fuerza que santifica"*, como dice muy bien la bendición del agua bautismal en la Vigilia Pascual. El Espíritu que nos hace hijos, es el que ora en nosotros y nos hace gritar "Abba", Padre (cf. Ga 4, 6).

– ***"El bautismo es Don, porque se da a aquellos que no aportan nada"***, escribe Gregorio Nacianceno. ¿Qué podemos dar que no hayamos recibido? Dios viene a nosotros con los brazos abiertos y las manos llenas de vida que derrama en abundancia sobre nosotros. Él mismo es Vida entregada, Vida compartida por Amor en el misterio de la Trinidad. Así pues, somos introducidos en este gran movimiento del Amor Trinitario, ¡nada menos! Es un Don gratuito, cuya indescriptible riqueza no podemos conocer. *"¡Si conocieras el don de Dios!"* (Jn 4, 10) dijo Jesús a la Samaritana. ¡Si conociéramos este Don que hemos recibido, que ha germinado y ha dado fruto y se ha convertido en un gran árbol! Este Don a través del cual se ofrece el mismo Dios.

Este Don no es una cosa, un objeto que se podría tomar como un juguete y luego tirarlo. Este Don es el mismo Dios. ¿Seremos como el hijo ingrato que no comprende su belleza y va a derrochar su fortuna con los ídolos? Si por desgracia nos hemos ido y hemos dejado la hermosa Casa del Padre, seducidos durante un tiempo por la engañosa belleza del maligno, o cansados de ser un hijo fiel y humilde del Padre, ¿hemos comenzado nuestro retorno a casa? Por la constancia de

nuestra oración humilde y confiada es como podremos darnos cuenta de la situación de nuestro corazón de hijos.

Nosotros, que no le hemos dado nada, le hemos recibido a Él. ¡Todo lo que es de Él, es nuestro! ¡Deberíamos decirle, por nuestra parte, que todo lo nuestro le pertenece! La oración, para que sea verdadera y llegue a tocar lo más profundo de nuestro ser, debe ser habitada por esta actitud de entrega total de sí mismo. A imagen de la Trinidad, donde las Tres Personas se entregan plenamente en el Amor, la "vocación bautismal" consiste en darse totalmente sin egoísmo ni jactarse del fruto ofrecido al mundo por los bautizados. Tanto es así, que la oración debe pasar por purificaciones y "noches", que liberarán en nosotros un potencial de vida cuya riqueza no conocemos.

El Padre, que nos ama, nos ha dado a su Hijo único. Este Don nos ha transformado en hijos del Padre. La verdadera relación que tenemos con Él es un intercambio amoroso en el que entregamos lo que hemos recibido de Él. En la eucaristía se vive en plenitud esta relación en la cual nos adentramos, en la medida en que estemos dispuestos a seguir a Jesús hasta la cruz, en la oblación de nosotros mismos. El Bautismo es el Don más magnífico que nos presenta a Cristo, el Hombre perfecto. Nuestra oración es ya la de Cristo, y en Él se convierte en una ofrenda de nosotros mismos a Dios por la salvación de nuestros hermanos.

– *"El bautismo es una gracia, porque se da incluso a los culpables"*, escribe también San Gregorio Nacianceno. La Iglesia nos enseña, efectivamente, que por la gracia del bautismo, el mal se va, la oscuridad deja paso a la luz inefable, el odio es echado fuera por el amor. Éramos pecadores y hemos sido perdonados. Estábamos condenados a muerte y Dios nos ha dado la vida. Sin embargo, somos libres de volver a la oscuridad

y a la división. La oración es el acto que nos hace abrir nuestras pobres manos, demasiado acostumbradas a cerrarse. La oración con la comunidad de la Iglesia, en silencio o en la celebración litúrgica, es el acto que ensancha nuestro corazón cuando está cerrado sobre sí mismo a causa del pecado. Vemos que no somos capaces de orar de verdad si nuestro corazón permanece en el pecado, si está dividido, si no se humilla y rehusa postrarse a los pies de Jesús con lágrimas de arrepentimiento y alegría, y limpia sus pies como lo hizo la amante pecadora.

"Los compromisos son impedimentos para la oración. Debemos dejarlos. La verdadera oración implica que queremos cumplir la voluntad de Dios plena y totalmente", dice un autor espiritual.

– **"El bautismo es una unción, porque es sagrado y real. Así son los ungidos"**. Nosotros somos consagrados, "ungidos" por el Espíritu Santo, puestos aparte para cantar las alabanzas y la gloria del Padre. "Puestos aparte", es decir, pertenecientes a Dios. Ésta es la identidad fundamental del bautizado: forma parte del pueblo que Dios ha adquirido. Miembro de este Pueblo, sacerdote, profeta y rey. En el mundo actual es un signo de la gloria de Dios, presenta a Dios a sus hermanos y hermanas, y reina por el amor que viene de Dios. Todo nuestro ser, por lo tanto, se convierte en oración, un canto de alabanza a Dios, una acción de gracias, una súplica por nuestros hermanos y una profecía por acción del Espíritu. La oración que nos encierra dentro de nosotros mismos no puede ser cristiana. La oración es el lugar de nuestro corazón donde se juntan la Iglesia y el mundo. Nunca estamos solos cuando rezamos. El Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo, mora en nosotros. El alma que ora es como una tienda de campaña que el Espíritu invita a ampliar para dar cabida en ella a todos sus hijos (cf. Is 54, 2).

"En adelante, el Hermano pertenece a Dios con un título nuevo, y es signo viviente de la relación de amor que el Señor establece con los hombres regenerados. "Me desposaré contigo para siempre a precio de fidelidad" (D 24). El Padre de la Mennais compartía su fascinación con sus hijos: "Si el bautismo obra en nosotros estas cosas maravillosas, si el Padre nos adopta en Jesucristo como hijos suyos, ¿no es para que le adoremos en espíritu y en verdad, y que todos nuestros pensamientos sean para su gloria, « porque éstos son los adoradores que busca el Padre »?" (S II, 613). La verdadera oración es la unción que nos rodea, la fragancia de alegría y amor derramada en nuestra alma y que atrae a nuestro alrededor a otros hijos del mismo Padre.

– *"El bautismo es iluminación, porque es una luz brillante," dice Gregorio Nacianceno. El Espíritu ilumina el corazón del creyente envuelto en el Amor del Padre, como las palabras de Jesús iluminaron la mente oscurecida de la Samaritana sedienta de amor. El encuentro con Jesús en lo más hondo del ser es una luz deslumbrante, no como nuestras lámparas de tan poco brillo, sino que es el misterio de la fe que ilumina la noche del corazón : "Conozco una fuente que brota y fluye, pero está en lo profundo de la noche... Nunca se oscurecerá su hermoso brillo. Cualquier otra luz nace sólo de ella, pero está en lo profundo de la noche", escribe Juan de la Cruz. La iluminación interior del cristiano que aporta el sacramento del bautismo llega a ser, por la fe, una luz dulce y fuerte en el camino de la vida. El que camina en la fe es transformado por el brillo del hermoso rostro de Jesús, hallado en sus hermanos, y sobre todo en los ojos de los más pobres de entre ellos. Nuestra mente iluminada así, es capaz de discernir la belleza de Jesús en los rostros heridos.*

La fe arroja luz sobre las sombras de nuestra inteligencia, pues por sí misma no puede comprender los "pensamientos del Señor". Esta iluminación de la mente llega sin esfuerzo y proporciona una paz que nada puede igualar. Ayuda a entender lo que nuestra inteligencia, por sí sola, no puede comprender en el orden de la vida divina que está en nosotros. Hoy día, en un proceso catecumenal, las personas adultas y los jóvenes reciben este regalo. En un momento se les da a entender lo que antes les era totalmente extraño. Han sido transformados por la gracia del bautismo, recibida por la fe, escuchando lo que sólo se puede oír alejándose de los demás ruidos. Algunos Hermanos han tenido esta experiencia. La mirada, iluminada por el Espíritu y transformada por él, se convierte a su vez en una luz para el mundo. Tenemos mucho por descubrir sobre este misterio de la Presencia activa de Dios en nosotros, un misterio que es muy hermoso. Lo veremos más adelante, esta gracia crecerá en nosotros si deseamos su crecimiento en humildad y pobreza. Se esfumará y perderá su fuerza si nos dejamos engañar por los "ídolos" del dinero y el poder.

– *"El bautismo es un vestido porque tapa nuestra vergüenza"*, sigue diciendo Gregorio Nacianceno. Al recibirlo, hemos sido *"revestidos de Cristo"* (Ga 3, 27). Somos sus hijos; hemos sido hechos *"partícipes de la naturaleza divina"* (2 P 1, 4), miembros del Cuerpo de Cristo que es la Iglesia, *"piedras vivas"* para *"la construcción de un edificio espiritual"* (1 P 2, 5). Esta vestidura blanca que recibe el bautizado es la del hombre nuevo transformado en Cristo. El Padre de la Mennais sigue enseñando a sus hijos: *"Si el Hijo nos recibe dentro de su Cuerpo Místico, ¿no es para que vivamos de su vida y completemos lo que falta a su pasión...? ¿Amáis todo lo que Jesucristo amaba? ¿Condenáis todo lo que condenó? ¿Rechazáis todo lo que Él rechazó? ¿Es el espíritu de Dios o el espíritu del mundo lo que os anima?"* (S II

613). Y añade también: *"Cuando Dios dice que quiere nuestra santificación, es como si dijera que quiere... que seamos revestidos de Jesucristo, como dice el Apóstol,... ¡que seamos su viva imagen!"* (S VIII 2469-2471).

Algunos oyen una llamada a vivir esta semejanza con Jesús, imitando su forma de vida por los caminos de Palestina. Los Hermanos *"comprenden que deben responder con la entrega incondicional de su vida, consagrando todo, presente y futuro, en sus manos"* (VC 17). Con San Pablo, exclaman: *"Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí."* (Ga 2, 20). Es la verdadera oración de quien se presenta ante el Padre: *"Aquí estoy para hacer tu voluntad"*. Es la eterna oración del Hijo. Es la de María en la Anunciación: *"¡He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra!"* (Lc 1, 38). Debemos hacerla nuestra radicalmente para ser crucificados con Cristo y resucitar con Él. En definitiva, los *"llamados a contemplar y testimoniar el rostro transfigurado de Cristo, son llamados también a una existencia transfigurada"* (VC 35).

– ***"El bautismo es un sello, porque nos guarda y es signo del señorío de Dios"***, dice también San Gregorio Nacianceno. El Concilio Vaticano II, como sabemos, se ha centrado en una forma nueva de ver este *"carácter sagrado y orgánico de la comunidad sacerdotal"* (LG 11) formado por aquellos que han recibido los sacramentos de la iniciación cristiana. *"Los bautizados, en efecto, por el nuevo nacimiento y por la unción del Espíritu Santo, quedan consagrados como casa espiritual y sacerdocio santo... Por tanto, todos los discípulos de Cristo, en oración continua y en alabanza a Dios, deben dar testimonio de Cristo y ofrecerse a sí mismos como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios..."* (LG 10). Como ya hemos dicho anteriormente, nosotros pertenecemos al Señor, somos su

pueblo y la alabanza de su gloria. Por eso insiste tanto la exhortación apostólica *Vita consecrata* en la importancia de la Eucaristía y de la liturgia de las Horas para todos los religiosos. Si todos los bautizados, por el sagrado sello que les ha marcado, están llamados a vivir el Misterio Pascual de Cristo, uniéndose a Él en la ofrenda de su vida al Padre, los que han sido llamados a "*elegir a Cristo como único sentido de su vida*", deben "*desear instaurar con Él una comunión cada vez más íntima mediante la participación diaria en el sacramento que lo hace presente*" (VC 95). La Eucaristía, en estrecha conexión con la liturgia de las horas, manifiesta *la vocación a la alabanza y a la intercesión propia de las personas consagradas*" (VC 95). De esta manera es como somos signos del "señorío de Dios". Esto es lo que nos identifica. Nuestra persona no debe hablar ya de sí misma. Debe hablar de Dios. Es, por vocación, expresión de la Palabra del Verbo eterno. A través del bautismo, que nuestra consagración religiosa quiere desarrollar radicalmente, no podemos hablar de nuestra oración personal y comunitaria sin incluirla dentro de la gran oración de la Iglesia, ya que somos miembros de un pueblo sacerdotal. Solamente hablaremos bien de Cristo si somos miembros fieles de este pueblo consagrado a la alabanza de la gloria de Dios.

Con esto se completa la contemplación del misterio del bautismo. Lo habéis entendido bien, que no se trataba de recordar aquí todas las dimensiones de este sacramento fundacional. Se trataba, más bien, de traer a la memoria de nuestro corazón lo que no puede suscitar en nosotros más que un "despertar" de la dimensión fundamental de nuestra vocación que une estrechamente, al corazón de la Iglesia, el don de nuestra vida por el mundo y la alabanza de la gloria de nuestro Padre, en Jesús, por el Espíritu. La oración del Hermano forma parte de la consagración fundamental de su bautismo,

desarrollada en la consagración religiosa. A través de esta consagración, pertenece a Dios plenamente, es un "hombre de Dios" : Dios ha tomado posesión de él y él posee a Cristo vivo, a quien quiere parecerse fielmente. Con Cristo proclama la Buena Nueva de la salvación, sana a los enfermos, devuelve la vista a los ciegos y bendice a su Padre que está en el cielo.

Concluimos este primer capítulo reafirmando esta convicción: la oración y la acción apostólica del Hermano son dos dimensiones absolutamente inseparables. Estas dos facetas de nuestra vida sólo crecen juntas. Sin embargo, la oración exige de nuestra parte una atención especial si queremos responder a nuestra vocación de discípulos elegidos para ser enviados como apóstoles. En las páginas que siguen, nos esforzaremos por mostrar que la oración, como una planta viva, necesita crecer y madurar para llegar a ser fecunda. Porque si la oración pierde su llama interior, nuestra acción apostólica quedará privada de su fuerza y fecundidad. Debemos procurar "llegar a ser" lo que somos : hijos amados del Padre.

VATICANO II

El estado religioso en la Iglesia

"... Por medio de los votos o de otros compromisos sagrados parecidos, con los que el cristiano se obliga a los tres consejos evangélicos ya citados, éste se entrega totalmente al servicio de Dios amándole por encima de todo. De esta manera queda destinado al servicio y al honor por un nuevo título especial.

Ya por el **bautismo**, muerto al pecado y consagrado a Dios, ahora, **para poder recoger frutos más abundantes de la gracia bautismal**, con la profesión de los consejos evangélicos en la Iglesia, intenta librarse de los obstáculos que pudieran apartarle del amor apasionado y de la perfección del culto divino y se consagra más íntimamente al servicio de Dios. La consagración será tanto más perfecta cuanto mejor represente, por medio de compromisos más sólidos y estables, el vínculo indisoluble que une a Cristo con su esposa, la Iglesia.

... La profesión de los consejos evangélicos aparece, por tanto, **como un signo** que puede y debe atraer eficazmente a todos los miembros de la Iglesia a realizar con decisión las tareas de su vocación cristiana.

... **Este mismo estado de vida imita más de cerca y hace presente continuamente en la Iglesia aquella forma de vida que escogió el Hijo de Dios** al venir al mundo para hacer la voluntad de Dios y que propuso a los **discípulos** que le seguían.

(Lumen Gentium, 44)

PARA REVISAR MI VIDA

¿Qué he descubierto en estas páginas que debo profundizar más para vivir mejor?

¿Qué representa para mí la consagración bautismal?

¿De qué manera mi vocación de Hermano me hace ser un hijo del Padre de forma más radical?

Cuando hablo del bautismo a los niños, ¿qué es lo que yo quiero que descubran?

II

LA ORACIÓN, EN EL CORAZÓN DE NUESTRA ESPIRITUALIDAD APOSTÓLICA.

Para ir más lejos, es importante preguntarse: ¿Qué podemos decir acerca de nuestra espiritualidad? ¿Podemos comprender lo que Dios está haciendo en nosotros desde hace años, cuando empezamos a seguirlo en la vida consagrada? Más concretamente, ¿cómo encuentra nuestra vida apostólica su aliento en la oración? ¿Qué podemos decir acerca de nuestra relación personal con Dios? ¿Qué ha cambiado en nosotros y qué llamadas estamos sintiendo ahora?

Cada uno debe examinarse con regularidad, y muy especialmente durante el retiro anual. De hecho, es grande a veces la tentación de dejar la oración y nuestra vida espiritual en un segundo plano. A menudo corremos el riesgo de ser arrollados por el flujo incesante de las demandas diarias, y

perdemos poco a poco, sin darnos cuenta, el aliento interior que debe animar toda vida apostólica.

HACER ASCESIS

"La acción, incluso la apostólica, es afirmación de sí mismo. En cambio, la oración es entrega de sí mismo a Dios ... Se necesita mucho coraje para preferir la vida oscura de la fe, a los atractivos del éxito exterior"². Si el ejercicio diario de nuestra misión nos impide entrar plena y pacíficamente en el tú a tú con Dios, en el momento de la oración y a lo largo de las horas del día y de la noche debemos examinar dónde estamos respecto a nuestra vida espiritual. Porque ella debe llegar a constituir en nosotros la gran fuerza vital y la base de la unidad de todos los elementos de nuestra persona y de nuestra vida. "Jesús mismo nos ha dado perfecto ejemplo de cómo se pueden unir la comunión con el Padre y una vida intensamente activa. Sin la tensión continua hacia esta unidad, se corre el riesgo de un colapso interior de desorientación y de desánimo. La íntima unión entre contemplación y acción permitirá, hoy como ayer, acometer las misiones más difíciles." (VC 74)

La Regla de Vida nos recuerda que esta unidad de vida se alcanza gracias a una ascesis vivida con sabiduría y firme voluntad: *"La ascesis favorece la constante conversión del corazón, libera al Hermano de los obstáculos que le impiden oír la voz de Dios en él. En la medida en que trabaja en esta liberación, se hace más apto para entrar en la intimidad del Señor y entregarse generosamente a los demás"* (D 96). No se trata de obedecer a reglas impuestas desde el exterior; éstas no pueden cambiar un corazón que ha abandonado la fe. Sin

² Charles-André Bernard, s.j., en Diccionario de la Vida espiritual, p. 64

embargo, mediante la adopción de reglas de vida que favorezcan un espíritu de oración, brotarán los frutos del Espíritu y contribuiremos a dar una mayor vitalidad a nuestra Familia religiosa. *"El espíritu de oración necesita, para desarrollarse,... el apoyo de la ascesis y un clima de interioridad que ayude a disciplinar la imaginación y los sentimientos... El Hermano centra su vida en Dios que le invita a andar en su presencia en paz interior, fruto de la pureza de corazón"* (D 79).

Depende, pues, de cada uno el ver en qué puntos debe estar más atento. Por mencionar uno, señalemos la puntualidad para levantarnos por la mañana para estar con nuestros Hermanos en la oración de Laudes y la meditación. Digamos que es realmente imposible avanzar en la vida espiritual sin esta primera y exigente condición. Veamos, sin embargo, otro aspecto que está estrechamente vinculado a él: el silencio interior, que consiste en ser dueños de nuestros ojos y de nuestros pensamientos. Recientemente un periodista ha contado su propia experiencia en este campo. Después de haber sido sacudido interiormente por una *"Presencia silenciosa"* que se le impone, repasa su vida y explica en un reciente libro, su largo y lento descubrimiento de la gracia del silencio. Él habla de esta presencia silenciosa como del "sacramento" de la relación con una persona viva: *"Desde entonces, nunca me abandona. Tengo un deseo irreprímible de ella, y de ella sola, para dar la bienvenida al nacimiento de cada nuevo día. Ella me acompaña al levantarme, cuando me aseo, cuando preparo mi desayuno... Durante treinta años, yo he sido el reflejo matinal de un periodista "normal": encender la radio... Desde mi aventura increíble... no sé ya girar el botón de mi radio. Al despertar, ahora me dejo pillar, acoger, por el silencio de esta Presencia secreta y discreta. Me invita, en primer lugar, a orar a*

solas con ella por la salvación del mundo"³. Nosotros deberíamos examinar nuestra vida con atención: ¿No está esta presencia silenciosa en lo profundo de nuestro ser y de la cual tenemos tanta necesidad? ¿No es ella, en efecto, quien nos va a ayudar a sacar del fondo de nuestro pozo el agua viva del Amor para nosotros, los "recibidos de Dios"⁴?

AMAR

"Piensa a menudo en Dios al hablar con los hombres; recógete para orar en lo secreto, pero sin violencias, sin penosos esfuerzos y con una gran sencillez de amor" (M. 18). Si el encuentro con el Señor pide de nosotros algunos puntos básicos de ascesis, Juan María de la Mennais nos recuerda que nuestra relación con el Señor es básicamente una relación de amor. Seguir al Señor es emprender el camino "estrecho" del amor. Es cierto que éste es el camino de la cruz, pero seguido por amor. Sólo se puede escalar con amor y paz.

Entrar en la oración es entrar dentro de nosotros mismos, en un acto sencillo y tranquilo, con atención y sin tensión interior, en el Amor que se manifiesta en nosotros en forma de acción de gracias y ofrenda de sí mismo. El pensamiento que se eleva hacia Dios, no halla lugar en un corazón "tenso" o "estresado", sino en un corazón que ama. Sólo se puede subir con una voluntad purificada de sí misma y abierta al Otro. Es una oración que abre los ojos y no juzga, un impulso hacia Dios que nace en un corazón que se entrega.

³ *Conversión al silencio*, Michel Cool, Salvator, 2012, p. 13

⁴ En referencia al título dado por el Hermano Josu Olabarrieta al 1^{er} número de Estudios La Mennais.

El Padre de la Mennais tiene también unas palabras muy densas: *"Tened mucho cuidado de no perder esa libertad de espíritu, esa amable y dulce libertad de los hijos de Dios, sin la cual no podríais hacer el bien. Para conservarla, hay que estar estrechamente unido a Dios, caminar en su presencia con un corazón donde reine la paz."* (M 16-17). Nadie puede llegar a esta íntima relación con Dios sin la paz del corazón. Cualquiera que esté preocupado por la imagen que da de sí mismo, quien se irrita por las actitudes de sus Hermanos que no puede soportar, o quien no sabe escuchar ni ver todo lo hermoso que hay a su alrededor, ése no está abierto a la oración del Espíritu. No puede orar en secreto más que aquel para quien "todo es gracia". No se alegra de las malas noticias y no se deja deslumbrar por los "pequeños chismes", las "habladurías" o los "rumores". Para él, por el contrario, "todo es gracia".

Una verdadera espiritualidad apostólica se alimenta del amor diario hacia el hermano. Recordemos también estas palabras de nuestro Fundador: *"Oremos, oremos sin cesar. Pero, ¿se puede decir que esto es posible?"* Y continúa: *"¿Me preguntáis cómo es posible orar siempre? Preguntadme más bien cómo se puede amar siempre, porque la oración sólo es amor, y el amor es la más hermosa y perfecta de las oraciones"* (S IV, 1478). Es a la vez sencilla y exigente. Sin embargo, ¿podemos decir que todo lo que hacemos, día tras día, está motivado por el amor gratuito? ¿No tenemos escondido en algún rincón de nuestro corazón un reproche, una amargura, una desconfianza contra alguien? Mientras mantengamos estos sentimientos, no podremos encontrar el camino de una oración efectiva y constante.

Sin embargo, entendámoslo bien, no debemos esperar a sentir estos cambios de humor para comenzar a levantar nuestro corazón a Dios. Porque es el Espíritu quien purifica, el

que derrama en nosotros su Espíritu de amor. *"Ha venido a vosotros para llegar a ser un mismo espíritu con vosotros por la gracia de esta unión íntima y por la efusión de un amor ardiente: él conoce vuestras debilidades y las necesidades más apremiantes; implorad, pues, su misericordia y su bondad; no puede negaros nada en este tiempo"* (Juan María de la Mennais, (S IV, 1485). Él conoce nuestro pecado y nos ayudará a luchar contra él si sabemos ponernos en sus manos con confianza.

DESEAR EL ENCUENTRO

¿Dónde buscar la causa de nuestro corazón dividido, sino sobre todo en nosotros mismos? Omitimos a menudo volver a la guía de nuestra vida interior. Nos confiamos demasiado en nuestras propias fuerzas que, sin embargo, sabemos que son muy débiles. Tenemos muchas dificultades para dejar que el Espíritu Santo nos infunda libremente su vida. ¿Será porque no creemos en él lo suficiente? ¿O tenemos miedo a que nos lleve demasiado lejos? De hecho, es el mismo Espíritu el que está en nosotros cuando rezamos en el oratorio y el que anima nuestra actividad apostólica, en nuestra labor educativa o en el desempeño de nuestras responsabilidades. La unidad de vida supone una plena receptividad a lo que Dios quiere de nosotros. Para ello, tenemos que lograr ese espíritu de fe, caridad, abnegación y humildad al que nos invita la Regla. Debemos frenar constantemente ese *"deseo de autoafirmación para situarnos en un estado de receptividad y espera"*⁵. Esto requiere una vigilancia sobre uno mismo.

Mirad cómo se cerraban los fariseos y escribas del evangelio a la Palabra de Jesús. Tenían las mejores intenciones del mundo,

⁵ Charles-André Bernard, *ibid* p. 64

pero no se daban cuenta de que se enfrentaban a la infinita Sabiduría del Verbo de Dios. Eran como ciegos que guían a otros ciegos. Cerraban la puerta de su corazón a la verdad y al amor. Eran prisioneros de sus certezas y formaron una muralla frente a la dulce Verdad de Cristo. Los intentos de Jesús por tocar su corazón, chocaron siempre con las oposiciones más feroces. Tal vez también nosotros construimos "muros" a nuestro alrededor para impedir que la flecha del Amor llegue hasta nosotros. Nuestro corazón puede llegar a endurecerse, a fuerza de no querer que entre allí el Otro. Tantos obstáculos en los momentos de retiro deberían ayudarnos a acurrucarnos, en el silencio de un corazón atento, allí donde nos espera el Amado y abrirnos a Él, *"pero sin violencias, sin penosos esfuerzos, con una gran sencillez de amor"* (M. 18).

Juan María de la Mennais añade : *"Escuchar a Dios en la oración, abrir los oídos de nuestro corazón para recibir su santa palabra, alimentarse de ese maná de dulzura sin perder nada, gustándolo y saboreándolo con deleite ... ir hacia él con la sencillez de un niño que se deja llevar de la mano"* (M 18-19). Cuando conocemos la extrema presteza ante los acontecimientos de la que podía hacer gala nuestro Fundador, su invitación a la oración silenciosa nos conmueve profundamente. Ante tales palabras, no podemos tener el corazón en contra de la escucha silenciosa e interior de la Palabra viva, entre las numerosas actividades de la vida agitada de un apóstol sobrecargado. ¿Juan María de la Mennais era menos que nosotros? *"En general, nos inclinamos fácilmente al aburrimiento en la oración, a la aversión y al hastío... Todo lo demás parece más atractivo e importante..."* constata por su parte Romano Guardini, que añade: *"Sería mejor que no os encondierais detrás de unas excusas como ésta: "Estoy demasiado cansado," y declaro fríamente que no tengo ganas de*

rezar. Esta frase no convence a nadie, y queda en evidencia la debilidad; al menos experimentará la verdad y, en adelante, comprobará que el camino que parte de la verdad es mucho más fácil que el de los disfraces."⁶ ¿Cuál es, pues, la fuerza de nuestro deseo de Dios?

PERMANECER

Todo apóstol es primero un discípulo. Un apóstol cuyas palabras son insípidas y nada atractivas, cuyo testimonio de vida no toca los corazones, es un discípulo que se ha alejado de su Maestro. Su amor por Él está dormido. Las palabras ardientes del Cantar de los Cantares son para nosotros una llamada para que nos acerquemos al Amado. El alma que se abre al Amor infinito de Dios, escucha la voz del Amado que le dice: "*¡Levántate, amada mía, hermosa mía, y vente! Porque mira, ha pasado ya el invierno, han cesado las lluvias y se han ido. Aparecen las flores en la tierra. El tiempo de las canciones es llegado, se oye el arrullo de la tórtola en nuestra tierra.... ¡Levántate, amada mía, hermosa mía, y vente!*" (Ct 2, 10-13). A la manera de Juan, el discípulo amado, tendremos la dicha de colocar la cabeza sobre el corazón de Jesús y permanecer con Él. Así, podremos escuchar durante mucho tiempo, en el silencio de la meditación, la suave brisa del Espíritu de Amor. Los jóvenes de hoy necesitan estos "testigos" del Amor. Un niño capta intuitivamente la fuente que brota del corazón del adulto que viene hacia él o que quiere hacer con él una parte del camino. Él sabe discernir lo verdadero de lo falso. Por la oración prolongada en la meditación diaria, aprendemos a tener un verdadero corazón de "hijo", que busca unirse después con las almas de los niños y

⁶ Romano Guardini, Introducción a la oración, París 1951, p. 15

jóvenes a los que hemos sido enviados. Muchos Hermanos podrían dar testimonio de la realidad de estas palabras. Los Laicos también lo viven con admiración.

No podemos, pues, oponernos a nuestro generoso compromiso en la misión apostólica y a la exigencia de un cara a cara prolongado cada día con el Señor de nuestras vidas. Con ello, nos jugamos, de hecho, el aspecto más fundamental del "combate espiritual" de nuestra vida. Una vida apostólica no puede contentarse con medias tintas. Si decimos que somos "hijos enviados", significa que permaneceremos con Jesús, que le dejamos hablar en nosotros, sanar a través de nosotros, y que buscamos siempre ser instruidos por Él y transfigurados a su imagen. Nada de esto se puede hacer sin una decisión vigilante de permanecer junto a Él en todo momento, sin una verdadera amistad que se manifiesta todos los días escuchando la fiel presencia del Maestro, en los momentos fijados con nuestros Hermanos.

El Silencio deja hablar al Otro.

"La llamada a la santidad es acogida y puede ser cultivada sólo en el silencio de la adoración ante la infinita transcendencia de Dios : Debemos confesar que todos tenemos necesidad de este silencio cargado de presencia adorada : la teología, para poder valorizar plenamente su propia alma sapiencial y espiritual ; la oración, para que no se olvide nunca de que ver a Dios significa bajar del monte con un rostro tan radiante que obligue a cubrirlo con un velo (cf **Ex 34, 33**) ...; **el compromiso**, para renunciar a encerrarse en una lucha sin amor y perdón (...). Todos, tanto creyentes como no creyentes, necesitan aprender un silencio que permita al Otro hablar, cuando quiera y como quiera, y a nosotros comprender esa palabra.

Esto comporta en concreto una gran fidelidad a la oración litúrgica y personal, a los tiempos dedicados a la oración mental y a la contemplación, a la adoración eucarística, los retiros mensuales y los ejercicios espirituales."

El camino que conduce a la santidad conlleva, pues, la aceptación del combate espiritual. Se trata de un dato exigente al que hoy no siempre se dedica la atención necesaria. La tradición ha visto con frecuencia representado el combate espiritual en la lucha de Jacob con el misterio de Dios, que él afronta para acceder a su bendición y a su visión (cf. Gn 32, 23-31). En esta narración de los principios de la historia bíblica, las personas consagradas pueden ver el símbolo del empeño ascético necesario para dilatar el corazón y abrirlo a la acogida del Señor y de los hermanos." (Vita Consecrata, n° 38)

PARA UNA REVISIÓN PERSONAL DE MI VIDA

¿Qué áreas he encontrado en este texto a las que necesito estar más atento?

¿Qué medios debo tener en cuenta para que Dios sea más dueño de mi vida?

¿Qué consejos podría dar yo a un Hermano joven para que unifique su vida al servicio de Dios Solo?

II

ACTITUDES FUNDAMENTALES DEL ORANTE

ESCUCHA SILENCIOSA

Sabemos bien que un novicio no reza como un Hermano de 40 años, ni mucho menos como uno de 80. Tampoco es una cuestión de edad, sino de itinerario espiritual. Se necesita sabiduría, vigilancia y tranquilidad para aprovechar interiormente lo que realiza en nosotros el Espíritu Santo.

La oración comienza por ese acto silencioso de abandono, donde primero uno se pone en presencia de sí mismo y luego de Dios. Sería una ilusión pensar que se puede encontrar la felicidad en una especie de huida de sí mismo y de la realidad. Si debemos recogernos, es para acoger al Verbo Encarnado que viene a nosotros y nos ama. Se trata de estar presentes ante su Presencia.

Evidentemente, la Palabra de Dios, leída y meditada con cuidado y sin prisas, es una forma segura para acoger a Jesús y entrar con Él en un diálogo sencillo y verdadero, o en un cara a cara silencioso. Sin embargo, hay que distinguir entre el estudio de la Palabra de Dios y el ejercicio espiritual de "la oración mental". Durante ésta, el alma mantiene su búsqueda de Dios, con la mirada fija en Jesús vivo, bebiendo su Palabra dentro de un intercambio amoroso.

Cuando entramos en oración, siempre debemos estar atentos a la calidad de nuestra relación con el Señor. Teresa de Ávila se lo decía a sus Hermanas: "*No os pido ahora que penséis en Él, ni que saquéis muchos conceptos ni que hagáis grandes y delicadas consideraciones con vuestro entendimiento; no os pido más que le miréis.*"⁷ Al leer estos consejos, nos viene a la memoria lo que escribía nuestro Fundador en los "avisos sobre la meditación", dirigidos a los Hermanos: "*No busquéis en la meditación pensamientos extraordinarios, ni elevaros a altas contemplaciones mediante violentos esfuerzos... hablad con Nuestro Señor,... como hablaríais a vuestro padre, a vuestra madre y a vuestros hermanos,... con la misma ingenuidad y la misma confianza...*"⁸. Luego, aconsejaba fijar la mirada, de vez en cuando, en un crucifijo o en una imagen.

El objetivo es, por tanto, estar presente a la Presencia, no a la de un ser "abstracto" o "virtual", sino a Aquel que es el Camino, la Verdad y la Vida. ¿No somos nosotros las criaturas de este Dios que es más real que nosotros mismos? ¿No es Él la verdad? Estar allí y amarle, eso es lo que pedía Teresa del Niño Jesús. Se trata, pues, no sólo de fijar nuestros ojos en Jesús, sino a través de su Palabra, entrar en relación de amistad con Aquel que hoy

⁷ Camino de Perfección, 26, 3

⁸ Regla de 1825, Instrucción sobre la Oración mental, 79

nos ama y nos habla. Nos transforma en su imagen, lo cual no podemos hacer con nuestras propias fuerzas. Debemos desearle ardientemente y dejarle realizar en nosotros lo que le plazca.

Me detengo un poco en este punto que es fundamental. Cuando somos "principiantes" – aunque en realidad y de alguna manera lo somos durante toda la vida – al meditar en un texto evangélico, necesitamos aferrarnos a un método – sin que sea algo absoluto – tomándolo como una ayuda, utilizándolo con sabiduría y de una manera muy personal. No voy a mencionar aquí los diferentes métodos en los cuales fuimos iniciados durante nuestra formación. Están muy bien expuestos en otros lugares y especialmente en una de las circulares del Hermano Bernard Gaudeul⁹. Más bien quisiera invitaros aquí a que prestéis atención al trabajo de la gracia que propone a cada uno avanzar por el camino de la vida a su propio ritmo y respondiendo a las llamadas del Espíritu.

En efecto, llega el día – y es una etapa que depende del camino de cada uno – en que el corazón está llamado a asirse fuertemente al Señor con la mayor sencillez, sin muchas palabras ni ideas, sin sentir consolaciones, en una noche de la fe. El despojo abre el corazón y la mente, reaviva la fe y aporta una paz muy firme. Es importante, entonces, mantener la perseverancia en un abandono silencioso, con un deseo alimentado por la fe para hacer lo que Dios quiere. Dios es más grande que nuestro corazón. Él sabe muy bien cómo llegar y hablar con nosotros. Durante este tiempo – ¡que puede ser largo! – tendremos la sabiduría de tener siempre la Palabra de Dios en nuestras manos y bajo nuestros ojos, para que nuestra lámpara permanezca encendida en espera de la llegada del Esposo. Sabremos escucharla y rumiarla, según las inspiraciones,

⁹ H. Bernard Gaudeul, "Rogad, pues", circular 272, Junio 1984.

tenues a menudo, por cierto, pero reales, del Espíritu que habla en el silencio de la oración.

El uso de la oración vocal, mirando una imagen o un texto que nos conmueve, será siempre un valioso apoyo que podemos utilizar para *"recoger nuestros sentidos exteriores dentro de nosotros mismos y darles una ocupación"*, como lo expresa de una manera muy realista Teresa de Ávila. Se lo aplica a sí misma : *"Tanto temía mi alma estar sin un libro en la oración, como si con mucha gente fuera a pelear. Con este remedio, que era como una compañía o escudo en que había de recibir los golpes de los muchos pensamientos.... Y muchas veces, en abriendo un libro, no era menester más. A veces leía poco, otras mucho, conforme a la merced que el Señor me hacía"*¹⁰. ¡Mirad con qué libertad debemos ir a la oración! Cada uno debe encontrar su propio camino, teniendo cuidado de seguir los valiosos consejos de aquellos y aquellas que nos han precedido en la búsqueda de Dios. Sabéis que la Regla de Vida – y por lo tanto el Señor – nos pide que hagamos juntos el ejercicio espiritual de los 30 minutos de meditación matinal. Si bien es cierto que este momento de reunión es obligatorio, debemos ir a Nuestro Señor con una gran libertad interior, apoyando al mismo tiempo a nuestros Hermanos en el cuidado de su propia oración.

ABANDONO - HUMILDAD

Para abandonarse de verdad, hay que ser pobre. La oración es una escuela de pobreza. Ningún Hermano podría defender lo contrario. Para sostenerse en la oración y avanzar un poco, tenemos que admitir que algún día no hemos avanzado y que

¹⁰ Vida, 4, 9, citado en la revista Vives Flammes, n° 282, P. 40

todavía estamos aprendiendo. Si al principio hemos sido recompensados con beneficios que da Dios a los principiantes, el tiempo de la prueba y la sequedad llegarán pronto. Actualmente quizás, nuestra oración se parece a "*un desierto, una tierra sedienta, donde nada se mueve ni prospera y donde sentimos nuestra impotencia*"¹¹. La oración es entonces tan árida, que tenemos la tentación de caer en la pereza o en el desaliento. Nuestra mente tiene tanta dificultad para concentrarse, que decidimos dejarla divagar. Durante la oración nos acosan constantemente las distracciones y nos empujan en espíritu – a veces hasta físicamente – fuera del oratorio, ya que es difícil para nosotros permanecer en la sequedad cuando nos esperan tantas ocupaciones, que son nuestro "deber de estado".

El riesgo es, de hecho, dejar que se caiga todo. Y así vemos a algunos Hermanos y a veces incluso comunidades enteras, que abandonan su oratorio. Como si la culpa fuera de Dios y quisiéramos ponerlo en cuarentena. Desde que Él nos deja caer en la noche oscura, nos dedicamos a las ocupaciones más importantes. Sin darnos cuenta, simplemente capitulamos de todo. De hecho, probablemente no queremos abandonarnos. Digámoslo de otra manera: no aceptamos nuestra pobreza. Sin embargo, esto debería abrirnos los ojos; estamos llenos de nosotros mismos. Sólo nos interesamos por nosotros mismos y es lo que nos valora, tanto ante los ojos de los demás como ante nuestros propios ojos. "*Queremos trabajar sólo por Dios y, de paso, nos servimos profusamente para satisfacer nuestro apetito de reconocimiento*"¹².

Tenemos que aprender a abandonarnos, y no a aferrarnos a no sé qué imagen halagadora de nosotros mismos. Ahora bien,

¹¹ Fr. Marie-Philippe de la Sda. Familia, ocd, en *Vives Flammes*, n° 282, p.6

¹² *ibid*, p. 7

abandonarse es aceptarnos básicamente como pobres. "*La oración del pobre que camina penosamente, se convierte en la oración de los pobres...*"¹³. En este momento, abandonados humildemente en las manos de Dios, encontramos nuestro gozo en aceptar ser pobres. "*Cuanto más pobre seas, el Señor te amará más*", decía por su parte Teresita del Niño Jesús. Dejemos ya de hacer discursos e identifiquémonos con los niños pequeños que no saben rezar, pero están allí, en presencia de Dios, dejándose amar por Él.

¡Qué gran escuela de amor y sencillez para quienes se creen importantes y fuertes! La humildad es indispensable para una verdadera oración. Para ello es necesario que dejemos de lado la búsqueda de nosotros mismos y nuestra propia imagen. A veces, vemos con tristeza que algunos Hermanos nos dejan después de muchos años de éxito entre los jóvenes. Quizás les faltó esa sencillez de los niños que saben que son pobres, y que aceptan humildemente poner su mano en la mano de su Padre para dejarse llevar. Todo cabe en la vida de un Hermano. Y es en la oración así vivida, donde se aprende esto, sin equívocos, para ser realmente el Hermano que quería Juan María de la Mennais en el corazón de Dios. La oración de la pobreza nos enseña que todo viene de Dios y no de nosotros, que es Él quien salva, y no nosotros. Es en la oración donde recibimos las gracias y fuerzas que necesitamos. Cuando uno se siente rico de sí mismo, no espera nada de los demás. Sólo cuenta consigo mismo, con el riesgo de encontrarse pronto sin nada. Conocer la verdadera oración es aprender a ser un Hermano que reconoce su pobreza y pone toda su confianza en Dios solo.

¹³ Pierre-Marie Salingardes, "De una pobre oración a una oración de pobre", Carmelo 53, 1989, p. 99

PERSEVERANCIA

Puede suceder a veces, que para excusarnos a nosotros mismos de las "ausencias" a la oración comunitaria, pensamos que después de todo no somos monjes. Los religiosos de vida apostólica, también ellos tienen una vocación que los lanza a la acción. Ése es su lugar de oración. Entonces, ¿la meditación y el rezo del Oficio divino sólo están reservados a los religiosos contemplativos? Recordemos lo que decía nuestro Padre Fundador: "*No abreviéis nunca, bajo ningún pretexto, vuestra meditación, porque, de todos vuestros ejercicios, es el más necesario*" (Regla de 1825).

Juan María de la Mennais proponía a los Hermanos otros muchos "ejercicios de piedad" para ayudarles a permanecer en la presencia de Dios en medio de sus actividades diarias. Hoy podríamos aprender mucho de esto para nuestra conducta personal. San Pablo nos lo recuerda: "*Damos gracias continuamente y por todo a Dios Padre, en nombre de nuestro Señor Jesucristo*" (Ef 5, 20), "*siempre en oración y súplica, orando en toda ocasión en el Espíritu, velando juntos con perseverancia e intercediendo por todos los santos*" (Ef 6, 18). Recordemos, sin embargo, que para orar con perseverancia, tenemos que amar mucho. Juan María de la Mennais nos lo recordaba anteriormente. Orar es amar. "*Ora continuamente el que une la oración a las obras y las obras a la oración*"¹⁴.

Perseverar en la oración requiere, por lo tanto, prestar atención a la presencia amorosa de Dios que nos invita a amar como Él. Amar a Dios, amar al hermano, o amar a los jóvenes, ya lo hemos dicho, surge de un único deseo, dejar al Espíritu que ore y ame en nosotros. No se trata de dejarse llevar por la

¹⁴ Orígenes, en Catecismo de la Iglesia Católica, n° 2745

pereza o buscar lo fácil. El Espíritu nos lleva y nos inflama de amor. No se trata de sentir algo artificial, sino de tener en sí mismo una fuerte y paciente voluntad de ser todo de Dios y de vivir para Él.

Sin embargo, es imposible hacer la voluntad de Dios sin perseverar en la oración siguiendo fielmente el camino que nos propone la Regla de Vida. "*Nada vale tanto como la oración; hace posible lo que es imposible, fácil lo que es difícil. Es imposible que el hombre que ora, pueda pecar*"¹⁵. Perseverar en nuestra meditación de treinta minutos, cada mañana de nuestra vida, es la mejor manera de entrar de lleno en el tiempo concreto que estamos viviendo. No vivimos de ideas o en un mundo virtual. Nos levantamos por la mañana a la hora señalada, después nos preparamos, sin rendirnos nunca ante las dificultades y la lucha. Debemos dejar registrado, en el transcurso de cada día, el tiempo sagrado reservado a nuestra conversación personal e íntima con el Señor. El día en que empecemos a no ser ya fieles, daremos a entender que el Señor es menos importante que nosotros mismos y las cosas que tenemos que hacer.

Ser perseverante es ser un luchador. "*Regalo y oración no se pueden compadecer*"¹⁶. Cuando la oración es pesada y engorrosa, en lugar de ceder a la tentación de rendición – lo cual no es para gloriarse – debemos estar firmes y luchar con Dios, para que nos haga saborear el alimento fuerte y consistente que necesitamos para el camino. Ante todo, no nos rindamos. Recordemos que "*si el enemigo se da cuenta que alguien está indeciso, sin constancia en el bien que hace y sin gran resolución*

¹⁵ San Juan Crisóstomo, Anna, 4, 5, en Catecismo de la Iglesia Católica, n° 2744

¹⁶ Teresa de Ávila, Camino de perfección, 4, 2.

*de perseverar en él, no le deja descansar ni de día ni de noche ; nunca deja de asustarle y plantearle dificultades sin fin*¹⁷, insistía Teresa de Ávila.

Así que no abandonemos nunca los momentos de oración propuestos por la Regla de Vida. No detengamos la lucha en el momento de la dificultad. Vivamos esos minutos como los más importantes de nuestra vida. Perseverar es amar siempre, y amar más aún cuando la lucha es dura. Permanezcamos siempre en la oración perseverante y amorosa. ¿No es éste el sentido de la pregunta de Jesús : "*¿Pedro, me amas?*" A pesar de las caídas, los tropiezos y el pecado, Pedro no cede. Incluso de noche, persevera: "*Sí, Señor, tú sabes que te amo.*"

OFRENDA – OBEDIENCIA

"Haz de mí lo que quieras, sea lo que sea, te doy las gracias, estoy dispuesto a todo, lo acepto todo". Así se expresaba Charles de Foucauld en un acto de abandono total, una entrega de sí mismo en las manos del Padre. Quería estar disponible, más aún, se ponía voluntariamente en las manos del Padre como un don radical de sí mismo: "estoy dispuesto a todo" ... y "te doy las gracias" por lo que quieras hacer de mí.

La Madre Teresa de Calcuta, por poner otro modelo de vida, comulgaba profundamente con la obediencia del Hijo, llegando hasta llevar sus sufrimientos sobre ella. Vivía en grado eminente lo que todos estamos llamados a vivir. Nada de éxtasis en ella, sino la experiencia en su alma del amor sufriente de Jesús al mundo. Aquellos que quieran profundizar en la oración, serán conducidos un día por el Espíritu a vivir, en menor grado quizás,

¹⁷ Camino de perfección, Ms. Escorial, 39,4, en Vives Flammes, N^o 282, p. 22

el desamparo y el sentimiento de ser abandonados por Dios siguiendo a Jesús, como lo vivió Madre Teresa : "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (Sal 22) Así escribía ella en una "carta a Jesús", en 1959: "*Ya no rezo más. – Pronuncio las palabras de las oraciones comunitarias – y hago todo lo posible por sacar de cada palabra la dulzura que tiene que dar. Pero mi oración de unión ya no está ahí. – Ya no rezo. – Mi alma no es una Contigo.*" Sin embargo, "*en esos momentos, su oración, que ella calificaba de miserablemente seca y helada, resultó ser eficaz y obtuvo muchas gracias para los demás.*"¹⁸

Sin detenernos en este caso tan elocuente, como es el camino de la cruz y del amor vivido por Madre Teresa, señalemos aquí para nosotros, Hermanos, la importancia radical que le damos a Dios. Simplemente el hecho de estar en la oración cada día con puntualidad estricta, ya es un signo del don de nuestra vida a Dios. Por supuesto, que nuestra oración, incluso seca y pobre, es una oración en la que le damos la parte de vida que representa el momento presente. No nos dejemos llevar por el sueño, incluso cuando alguien no nos deje nunca tranquilos. Nos ofrecemos totalmente y de tal manera que, después de media hora de meditación, podemos estar contentos de haber procurado amar a Dios con todo nuestro corazón y con todas nuestras fuerzas.

Esta oración de ofrenda, poco a poco va a transformar nuestras vidas. Entenderemos paulatinamente que éste no es sólo el momento de oración, aquí comprometido, sino cada instante de nuestra vida. Esta ofrenda y el compromiso de cumplir la voluntad de Dios se reflejarán en la vida diaria. Se convertirán en una actitud básica de nuestra existencia. Contemplemos a María en la Anunciación : en un acto de

¹⁸ Los escritos íntimos de la santa de Calcuta, Lethielleux, p. 309

ofrenda radical de ella misma, dice un Sí sin rodeos a la voluntad de Dios. Seguidamente, se pone a toda prisa al servicio de su prima Isabel. Renueva de esta manera su Sí generoso en lo concreto de la vida cotidiana. Toda la vida de María está llena del amor gratuito que se entrega, se sacrifica y no busca nunca su propia voluntad, sino únicamente la de Dios.

Escuchemos de nuevo los consejos que daba Madre Teresa a un nuevo "cooperante de Cristo"¹⁹ : *"Hoy quiere volver a vivir en ti su sumisión absoluta al Padre, – permíteselo. Poco importa lo que sientas – desde el momento en que Él se sienta bien en ti. Aparta los ojos de ti mismo y alégrate de no tener nada, no ser nada, no poder hacer nada.... Acepta todo lo que te da, y entrégale con una gran sonrisa todo cuanto quiera."*

¿Somos capaces de este don tan radical? Sin embargo, todos estamos llamados a superarnos. Por otra parte, en estas palabras de Madre Teresa descubrimos las de Juan María de la Mennais: *"Debemos dejarnos devorar por la Providencia.... Sí, quiero dejarme devorar por la Providencia. ¡Ninguna resistencia, ni el más pequeño movimiento, que ella me devore!"* (M 84). Nuestro Padre Fundador escribía también a un amigo en 1811 : *"Sé por larga y dolorosa experiencia que hay tristezas que se apoderan del alma con una fuerza que la sobrepasan ; pero que nunca las debemos retener, al menos voluntariamente ; debemos resistirnos a ellas, no con una resistencia violenta que nos cansaría sin fruto ninguno, sino con una pacífica conformidad a la voluntad del Amado que trabaja en nosotros y purifica, mediante estas acciones crucificantes, la casa en la que quiere vivir."* (Carta 93).

¹⁹ Ibid. p.314

En este combate al que nos llama, el Señor nos enseña a orar – a amar – de verdad. Si nos dejamos llevar, nos dará la gracia de entrar en su Corazón. No tenemos nada más que hacer al respecto, sino entregarnos realmente a su gracia sin escondernos nunca detrás de nuestra propia voluntad y escuchar nuestros sentimientos, estando siempre dispuestos a hacer lo que Él quiere. Con toda sinceridad, nos negamos a retroceder sobre nosotros mismos y a gemir. Nosotros creemos y amamos. Por eso podemos decir: "Haz de mí, Señor, lo que quieras."

INTERCESIÓN – ACCIÓN DE GRACIAS

"Debemos dejarnos devorar por la Providencia", decía Juan María de la Mennais. *"Dejaos devorar por los pobres y por la gente"*, escribe por su parte Madre Teresa. En ambas frases se utiliza la misma palabra: *"devorar"*, que significa que uno ya no se posee, que se ha entregado totalmente. *"Dejad que la gente devore vuestra sonrisa y vuestro tiempo.... Debéis saber de memoria que tenéis que dejaros devorar por la gente"*, continúa Madre Teresa, sabiendo que no tenemos derecho a negarnos a los demás, puesto que no queremos negar a Cristo. Tanto en nuestro Padre Fundador como en Madre Teresa, no se da el voluntarismo, sino un verdadero deseo de entregar su vida a Cristo y a los pobres. La Madre Teresa recordaba en su oración las caras de quienes ella había conocido durante el día. Contemplaba en ellos a Jesús y los presentaba al Padre.

¿Por qué la oración de intercesión es una actitud fundamental? Creo que la respuesta está en el hecho de que somos Iglesia, Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo. En Jesús, somos solidarios unos de otros. Si uno cae, caen todos. Si ayudamos a nuestro hermano a levantarse, nos levantamos con él, y

ayudamos a la comunidad a ponerse en pie. En realidad, nunca estamos solos en la oración. Estamos habitados por nuestros hermanos y hermanas, y por los jóvenes y niños que llenan nuestras vidas. Si nos entregamos al Señor en la oración, les estamos ofreciendo al Señor. Y allí reciben las gracias que sólo Dios conoce.

Por tanto, es natural que nos aparezcan, de vez en cuando, en medio de la oración, los rostros de nuestros Hermanos y de los jóvenes y adultos con los que recorreremos el camino de la vida. Es importante, entonces, para que sea una verdadera oración, hablar de ellos a Jesús presente, y ofrecérselos en el silencio de la oración. Pero es sobre todo en el sacramento de la eucaristía cuando esta oración de intercesión debe elevarse de nuestro corazón, mientras Cristo, el Intercesor, se ofrece al Padre por el mundo. A medida que nuestra oración se purifica, estará más habitada. En realidad es Dios quien nos presenta a nuestros hermanos. No se los ofrecemos nosotros a Él. Él nos llama a servirle en ellos.

Por eso, tenemos la gracia de vivir el momento de la meditación de la mañana, esos treinta minutos para Dios, con nuestros Hermanos, y no solos. Con Jesús no estamos nunca solos, o si estamos a solas con Él, es para darnos más cuenta de que al estar con Él, estamos con el mundo, la Iglesia, los pobres, los niños y jóvenes, y con todos nuestros Hermanos. Les acogemos en Él. Nos los presenta y nos dice: "¿Me amas en ellos? ¿Me amas en la Iglesia? ¿Me amas en tus Hermanos y en los jóvenes?"

Nuestra oración llega a ser verdaderamente el lugar por excelencia donde estamos en misión. Por lo tanto, la cuestión de la unidad de vida ya no se plantea. Es en nuestra oración donde somos misioneros cuando la vivimos con nuestros Hermanos, en

Iglesia. Nuestra oración de intercesión puede ser, a veces, más insistente, respondiendo a las palabras de Jesús: "*Al que llame, se le abrirá*", o también: "*Si pedís algo en mi nombre, os lo concederé*". Con la condición, sin embargo, de que no estemos al lado de los "sabios y entendidos" que no entienden las enseñanzas de Jesús. ¡Sólo a los niños se da a entender! Por eso es por lo que la oración de los niños y de los que se parecen a ellos es más eficaz en el corazón de Dios que la de los adultos. Si hay una oración en la que realmente podemos expresar nuestra fe, aunque sea pequeña, es la que intercede por nuestros hermanos y hermanas que están enfermos o heridos.

Esta misma fe de niño nos lleva también a orar por los enfermos, por intercesión de nuestros Fundadores. Antes de hacerla, debemos preguntarnos: "¿Queremos o no queremos obtener el favor que pedimos? Hay maneras de pedir que no dan ganas de responder al favor solicitado. Si realmente lo queremos, entonces no contaremos el tiempo empleado en pedir. Llamaremos a la puerta todo el tiempo que sea necesario. La verdadera oración de intercesión no consiste en una breve frase dicha distraídamente; brota de las entrañas y está llena de confianza. Cuanto más insistente sea, más segura será la respuesta. Hermanos, hoy necesitamos estos orantes en nuestros colegios.

También debemos dar gracias. Nuestra confianza en el Señor no es una confianza vaga. Es muy concreta. Se basa en la certeza de que el Señor está siempre con nosotros. Ni un cabello de nuestra cabeza caerá sin su permiso. Él cuida de nosotros y nunca nos decepciona. Está cerca de los pobres y escucha sus plegarias. Es un Padre que ama a sus hijos y les da constantemente lo que es bueno para ellos. Darle gracias le colma de alegría. Recordemos a los diez leprosos del evangelio:

uno solo volvió sobre sus pasos para dar gracias. Sólo él escuchó a Jesús decirle: "Levántate y vete, tu fe te ha salvado" (Lc 17, 19). El Señor no es indiferente a nuestro agradecimiento, porque expresa nuestra fe y amor. El que no sabe dar gracias, no mide la belleza del don que le han hecho. Dar gracias es probablemente la oración más hermosa que podemos ofrecer al Señor. ¡ También es la que más agranda nuestro corazón !

A la pregunta: " ¿Quién es Jesús para mí?"

"Madre Teresa de Calcuta" responde :

Jesús es el Verbo hecho carne.

Jesús es la Palabra – para ser anunciada.

Jesús es la Verdad – para ser dicha.

Jesús es el Camino – para ser recorrido.

Jesús es la Luz – para ser encendida.

Jesús es el Amor – para ser amado.

Jesús es la Alegría – para ser compartida.

Jesús es la Paz – para ser dada.

Jesús es el Pan de Vida – para ser comido.

Jesús es el Hambriento – para ser alimentado.

Jesús es el que no tiene hogar – para ser acogido.

Jesús es el Enfermo – para ser curado.

Jesús es el Rechazado – para ser aceptado.

Jesús es el Mendigo – para darle una sonrisa.

Jesús es el Pequeño – para abrazarlo.

PARA MÍ –

Jesús es mi Dios.

Jesús es Todo para mí.

A Jesús, yo le amo con todo mi corazón, con todo mi ser. Le he dado todo, incluso mis pecados, y Él se ha desposado conmigo en ternura y amor.

Ahora y para siempre soy la esposa de mi Esposo Crucificado. Amén.

**ALGUNAS PREGUNTAS
PARA EL PROYECTO PERSONAL.**

En mi vida, ¿qué me parece lo más importante para lograr un verdadero camino de oración?

¿Qué dificultades encuentro, y cuáles son sus causas?

¿He hablado de todo esto con un "acompañante espiritual"?

¿Cuáles son los puntos sobre los que voy a tratar de ser más cuidadoso?

Y PARA LA COMUNIDAD:

¿Cómo puede ser realmente la comunidad un verdadero apoyo de la oración de cada uno? ¿Qué decisiones debemos tomar para eso?

IV

LA ORACIÓN, UN CAMINO PERSONAL DE VIDA

Juan Pablo II decía a un grupo de obispos: "*¡Más gente de la que creéis sería capaz de orar, pero nadie se lo ha enseñado! Sin embargo, sin esta interioridad, los bautizados se quedan sin aliento...*" ¿Qué decir, entonces, de los religiosos que abandonan estos momentos diarios de encuentro con Dios? Como ya hemos señalado, existen muchos libros buenos que nos pueden ayudar en el camino de la oración. Son útiles, sobre todo, en ciertos momentos de nuestra vida, para aprovechar interiormente esas etapas que el Espíritu nos invita a franquear para acercarnos a Dios y dejarnos purificar por Él "como el oro en el crisol" (cf. Sb 3, 6).

La historia de nuestra vida de oración es también la historia de nuestra vida de Hermano. Cuando estábamos en el noviciado, nos iniciaron en "el arte" de la oración. Aprendimos allí que

había una manera de prepararnos, de comenzar y, finalmente, de seguir con un vivo diálogo interior antes de terminar. También se nos enseñó cómo vivir en la vida diaria y cómo reconocer los pasos de Dios en nuestra vida, cuando llega el caso.

Sabemos que éstas no son las "consolaciones" que se sienten cuando se hace una buena oración. Cuando se hace penosa, también puede ser buena, si la vivimos con fidelidad y amor. El Espíritu nos hace caminar por un camino de santidad que es muy personal. Por tanto, debemos ir avanzando y sintiendo cada vez más esos movimientos interiores del Espíritu que nos hacen conocernos mejor. A los que Dios ama, les hace pasar a menudo por noches muy duras, que dan la sensación de no poder orar, o incluso – y esto puede suceder – de ser rechazado por Dios mismo. "*Yo no tengo fe – no creo*"²⁰, se atrevió a escribir Madre Teresa a su consejero espiritual, mientras que al mismo tiempo se decía de ella : "*bastan dos minutos para que hable de Jesús*". *Ésta fue su constante, yo diría que su hilo conductor a lo largo de su vida*"²¹.

"Todos los Institutos y todas las comunidades aparecen como escuelas de auténtica espiritualidad evangélica" (VC 93). Nosotros nos hemos formado también en esta escuela a través de las recomendaciones de nuestra Regla de Vida, la tradición de la Congregación, los escritos de nuestros Fundadores, y especialmente los de Juan María de la Mennais. Debemos aferrarnos, con constancia, a estudiar y sobre todo a poner en práctica todo lo que se nos pide. El que lo haga así, será bendecido por Dios. Y se le concederá entrar en una amistad con Él cada vez más profunda.

²⁰ Ibid, p. 226

²¹ Ibid, p. 312

1. UN CAMINO DE VIDA.

LA LECTURA ESPIRITUAL.

La base de nuestra oración es escuchar la Palabra de Dios. Esto significa una actitud constante que va más allá del ejercicio de la oración matinal. Esto abarca toda la vida. Se trata de una apertura de la mente y del corazón a Dios, el que vive, Aquel en quien creemos. Pero sin un tiempo suficiente (dos horas a la semana nos pide la Regla de Vida) de Lectio divina que contiene la lectura de la Palabra de Dios a través de la liturgia, y también su estudio, y cualquier otra lectura de libros de espiritualidad que alimenten el corazón y el espíritu, no será posible crecer en la vida de oración. Después de unos meses, tal vez años, durante los cuales hemos alimentado débilmente nuestra alma, no debería sorprendernos que nos encontremos vacíos y sin atractivo por las cosas de Dios. En efecto, *"el Hermano tiene presente que es personalmente responsable de su fidelidad y que su oración no es solamente presencia en un ejercicio por sumisión a un marco de vida, sino, sobre todo, escucha amorosa de la Palabra y adhesión libre a una Persona"* (D 80). Por este camino de una escucha paciente y asidua del Espíritu, *"el Hermano descubre progresivamente el itinerario de su búsqueda de Dios."* (D 91)

LA ORACIÓN VOCAL

Jesús no nos enseñó ningún método de oración. Él nos dijo : "Vosotros, pues, orad así : Padre nuestro..." (Mt 6, 9). La oración vocal, en primer lugar el Padre Nuestro y los Salmos, es de un gran valor. Tenemos una gran responsabilidad, con nosotros mismos y con nuestros Hermanos, en nuestra manera de rezar juntos el Oficio divino. Si hay un verdadero espíritu de oración,

nos introducirá más o menos a la oración que sigue. Es importante que nos examinemos en comunidad para observar el signo de unidad que da a entender nuestro estilo de rezar y qué recogimiento aporta nuestra manera de "celebrar" el Oficio divino, y cómo nos dispone esta oración comunitaria al encuentro con nuestro Dios y nos ayuda a escucharle con gran atención. Pondremos, pues, mucho empeño en no descuidar esta oración vocal común. Tratemos de hacer una verdadera oración. Estemos atentos, sobre todo, a dar una gran importancia al silencio, para que cada uno pueda realmente dejar orar en él, en la comunidad, al Espíritu que clama "Abba".

LA ORACIÓN MENTAL.

Generalmente, después del Oficio de Laudes viene el momento de la meditación, esos treinta minutos en los que estamos juntos todos los días. Esta oración comunitaria significa que nos apoyamos unos a otros en la búsqueda de Dios. El lugar del oratorio, dentro de su sencillez, ofrece silencio y belleza para el encuentro de cada uno de los Hermanos con el Señor, el Maestro de su vida. El tiempo que nos damos para esta "meditación" no solemos acortarlo habitualmente. De lo contrario, no tendríamos un encuentro apacible y prolongado con el Amado de nuestras almas, que corre el riesgo de marchitarse. Los superiores, así como todos los Hermanos de la comunidad, tendrán cuidado de dar a sus cohermanos la oportunidad de vivir plena y libremente el momento más precioso del día.

EL ENCUENTRO CON EL AMIGO.

Ahora, cada uno está en el centro de su relación con Dios, en silencio. Sin volver aquí sobre las condiciones de preparación y

entrada en la oración, recordemos que debemos aplicarnos a ello con cuidado si queremos avanzar en la fidelidad a la llamada del Maestro, sin quedarnos dormidos en el borde del camino.

Recordemos también la importancia de elegir previamente un texto de la Palabra de Dios – u otro texto, siempre que no sea una lectura fácil, sino el apoyo para una verdadera oración – en presencia ofrecida del Verbo Encarnado, así como una postura corporal que nos ayude a escucharle y una actitud con la que podamos estar sosegados, sin movimientos, en paz y tranquilidad, y también sin fatiga, manteniéndonos despiertos y vigilantes. Como una "liturgia" de entrada en la oración.

Destaquemos, una vez más, la entrada en la oración mediante un acto de fe en el Amor que está aquí, en el secreto de un corazón silencioso. Después, evitando la especulación intelectual y las habladurías internas, pongamos nuestra imaginación y nuestra inteligencia al servicio del encuentro personal con el Señor. Esto vendrá apoyado, muy a menudo, por el texto de la Palabra de Dios, elegido con anterioridad como signo y soporte del cara a cara con Jesús.

Sabemos que el amor y la fe son la base de esta relación, y tienen que ser purificados para ser verdaderos. No vamos a medir la calidad y la fuerza de los sentimientos que experimentamos, sino la caridad y la fe que seamos capaces de llevar a cabo después en medio de la misión. El Señor, con el tiempo, intentará abrirnos la puerta a una mayor cercanía que está más allá de nuestra comprensión y que, poco a poco, nos irá formando a su imagen. Así, el *"trato íntimo de amistad, estando muchas veces tratando a solas con este Dios que sabemos nos ama"* (Teresa de Ávila, Libro de la Vida, cap. VIII) irá poco a poco simplificándose. Ya no nos contentaremos con las "consolaciones" que Dios da a los principiantes. Nosotros

seremos capaces de caminar con Él por pendientes escarpadas, que nos abrirán a una verdadera superación de nosotros mismos para amar de veras. La oración será para nosotros una verdadera escuela de amor.

Insistamos también sobre la conclusión que le damos a este tiempo de oración. Debemos ofrecernos entonces con algunas sencillas palabras para permanecer con el Señor y hacer durante todo el día lo que a Él le agrada. Para eso, cada uno debe discernir la voz del Espíritu que le inspira el modo de seguir siendo "compañero" de Jesús en medio de la actividad.

LA REVISIÓN DE VIDA.

Por la noche, en el momento de la oración, también tenemos que tomarnos un tiempo para revisar nuestra vida. La *Lectio Vitae*, es el momento de retomar, con humildad y verdad, el camino hecho con el Señor a lo largo de la jornada, oculto en un rincón de nuestra existencia y presente en el rostro de nuestros hermanos y hermanas, invitando al amor y a la ofrenda de sí mismo. Este volver sobre nuestra jornada es la ocasión para enlazar con el encuentro matinal con el Señor. Hay una estrecha relación entre la conclusión de la oración que nos ha permitido aprovechar la gracia recibida, y la revisión de vida de la noche que nos ayuda a ver los frutos que ha producido esta gracia o ha caído en el olvido y descuido de un corazón demasiado preocupado todavía por sí mismo. Como en la oración de la mañana, podemos decir que esta revisión de vida de la noche debe ir hacia una mayor simplificación. Con el tiempo y la sabiduría de la experiencia, el corazón aprende a discernir los movimientos de la gracia que el Señor imprime a la vida y que, poco a poco y sin saberlo, hace irradiar el préstamo de su rostro sobre quien se deja llevar. Así es como podemos, con el tiempo

y dentro del carisma de la Congregación a la cual nos ha llamado, entender mejor cuál es nuestra "propia personalidad" ante el Señor, nuestro "ideal espiritual", las "palabras" que Dios nos dirige a través de uno u otro texto de la Biblia, el "proyecto de vida", escrito por el Espíritu Santo en nuestro corazón y la "faceta" del rostro de Jesús que estamos llamados a ser.

2. DEJARLO TODO PARA SEGUIRLE.

En ciertos momentos de nuestra vida el Señor quiere que escuchemos su llamado a alta mar, a seguirle más de cerca y dejarle conducir nuestra oración y nuestra vida. Durante la oración, sentimos una evolución en nosotros. Nuestra oración se va despojando paulatinamente, llegando a ser más silenciosa y también más difícil quizás. Hemos seguido ayudándonos con un texto de la Palabra de Dios o con otro libro, pero sin encontrar allí el alimento que necesitábamos. Tenemos una sensación de que ya no sabemos rezar, y esto puede suscitar un cierto desaliento hasta el punto de no saber qué hacer. Es importante discernir estas llamadas del Espíritu, pero esto requiere mucha atención y, muy a menudo, la ayuda de un acompañante.

UNA LLAMADA INTERIOR

En realidad, el Señor nos invita a entrar en una etapa de purificación de nosotros mismos. Por supuesto que no entramos en dicha etapa automáticamente como si bastaran los muchos años de oración para alcanzarla. Es Dios quien toma la iniciativa de venir a nosotros por una libre decisión de su parte. Sin embargo, es evidente que el que durante años se ha esforzado

por vivir de verdad su vida de Hermano, entregándose generosamente a la misión que le ha sido encomendada al servicio de los jóvenes y ha tratado de ser humilde servidor de sus Hermanos, éste ya ha correspondido a las mociones interiores del Espíritu y ha entrado en el juego de su gracia. Ha recorrido ya un largo camino y está preparado para entrar en la casa ardiente y purificadora del Amor.

NECESIDAD DE UN GUÍA ESPIRITUAL

Los autores espirituales, Juan de la Cruz en primer lugar, señalan que muchos son tocados por esta gracia, pero pocos saben de verdad corresponder a ella. Muy a menudo, no entienden lo que les pasa, porque no tienen junto a ellos un buen guía espiritual que les ponga en alerta. Sí, necesitamos un guía experto, si queremos emprender con seguridad el camino de la santidad. Con él, podremos discernir las llamadas del Espíritu en el ámbito de la oración y trataremos de entender por qué caminos nos lleva el Señor. Sin él, nos arriesgamos a no dar a la obra de Dios en nosotros la oportunidad de expandirse en abundantes frutos de caridad y esperanza para el mundo y para nosotros mismos.

NUESTRAS RESISTENCIAS INTERIORES

*"El truco de mi yo superficial es siempre defenderse contra el poder de Dios; uno no quiere perder su vida"*²². Conocemos nuestro mal, somos conscientes de nuestra culpa. Poco a poco nos hemos fabricado un personaje que nos permite ser

²² La Oración, entre la lucha y el éxtasis, por un Cartujo, Presses de la Renaissance, p. 195

apreciados y tener cierta autoridad sobre los demás. No queremos realmente salir de este orgullo secreto. Reconozcámoslo, nos encanta lo que atrae la atención de los demás, y no lo que no se ve y sigue siendo humilde. Nos gustan los cumplidos, que dan la sensación de que hemos sido útiles.

"Debemos tener en cuenta, dice un autor espiritual, que cada rechazo de la mortificación o cada imperfección voluntaria (en especial si se refiere a la caridad) detiene inmediatamente la oración, hasta que este pecado sea rechazado con toda firmeza". Sin embargo, el pecado que nos humilla es también una puerta que abre el corazón a Dios, con la condición de que no aceptemos los compromisos. En este sentido, es importante que aprendamos a discernir las trampas que existen en el camino de una auténtica vida espiritual :

- La fatiga, en primer lugar, que no ayuda a estar dispuesto, de corazón y mente, para entrar en esta relación amorosa con el Creador.

- La suficiencia, que es la actitud del que busca, sobre todo, justificarse ante sí mismo y también ante los demás, y no se deja tratar con sencillez.

- El desaliento de quien quiere llegar a ser, de repente y sin esfuerzo, aquel que sueña o que soñaba ser. Al tratar de identificar entonces todos los obstáculos reales o imaginarios en su oración, complica enormemente lo que, por el contrario, sólo se encuentra en la sencillez.

- Las amarguras de aquel que vuelve sobre sí mismo de una manera narcisista, irritándose por todo, porque lo interpreta como un desprecio hacia él. Se afirma en el resentimiento y nunca saborea realmente la paz interior.

En este contexto, lo entendemos fácilmente, la oración se hace difícil. Es el lugar donde uno debe salir de sí mismo para escuchar al Otro, y simplemente nos miramos a nosotros mismos, olvidando que es Dios el que nos invita a contemplar. Vendrán purificaciones duras, hasta conseguir que no nos cieguen nuestros propios deseos. Afortunadamente, el Señor no se desanima. Trata constantemente de enseñarnos a convertir nuestra mente y nuestra voluntad. Nos quiere todo para Él, a pesar de que estamos tan dispersos. Su deseo es que vayamos avanzando hacia una progresiva purificación de nuestros sentimientos para orientarnos hacia un amor auténtico y totalmente desinteresado.

TIEMPO DE PURIFICACIÓN.

Ya que Dios quiere purificarnos, el ejercicio de la meditación de la Palabra de Dios que teníamos la costumbre de hacer, resulta más difícil. No encontramos gusto en él. Sin embargo, al mismo tiempo, estamos comprometidos en el apostolado con alegría y con el deseo de ser verdaderos servidores del Reino. La Palabra, sin embargo, no dice nada a los oídos de nuestro corazón. Al menos así lo sentimos. No sabemos qué hacer. Seguimos siendo fieles a los momentos de oración, pero "es de noche". Buscamos la manera de encontrar un camino más fácil, pero en este momento, como dice un autor espiritual, "*no hay hoja de ruta*" que indique el camino a seguir. Tenemos que seguir avanzando "en la noche", escuchando atentamente las mociones del Espíritu.

Para muchos, el riesgo es, sin embargo, dejar de buscar. Mientras se instala la oscuridad interior y no podemos recuperar la luz, la tentación consiste, pura y simplemente, en detenerse. Algunos han abandonado la oración a las puertas de esta etapa

importante por miedo, incomprensión o agotamiento. Otros han optado por tomar un libro y pasar páginas, sin dar posibilidad al Señor de que venga a hablarles en el fondo de un corazón cuyos múltiples pensamientos lo han hecho insensible a las palabras interiores del Espíritu.

ALGUNOS CONSEJOS SENCILLOS

¿Cómo podemos llevar a cabo el gran combate espiritual? Recordemos aquí algunos consejos que pueden servirnos para un diálogo con el guía espiritual; pero debemos tener como primera disposición la de una voluntad pacífica y decidida de encontrar a Jesús, y sólo a Jesús, no buscando ideas sobre Él, sino deseando por encima de todo, encontrarle a Él solo :

- Asistamos siempre a la oración. No aceptemos nunca reducir el tiempo. Si se hace esto, que sea pasajero, recordando que la oración es el ejercicio más importante de nuestra jornada.

- Amemos la oración, que es la nuestra. No deseemos otra. Dios viene a nosotros de esta manera. Si amamos nuestra oración, amaremos a Dios que habita en ella. Por el contrario, no debemos gastar nuestro tiempo cultivando interiormente nuestra insatisfacción. También esto sería buscarnos a nosotros mismos.

- Comencemos la oración con un acto voluntario, poniéndonos en la presencia del Señor con paz y tranquilidad. Una sola palabra puede ayudarnos a ello, sin tratar de buscar emociones. Éstas, cuando vienen de Dios, nos hacen progresar. Debemos desconfiar de las nuestras. Podemos susurrar interiormente palabras como éstas : "Ven, habita en mí,

purifícame, tómame, quiero hacer tu voluntad", u otras que nos convengan más.

- Meditar en una palabra del evangelio si encontramos gusto en ella, y si esta meditación nos lleva a una relación pacífica con el Señor. Si éste no es el caso, echar una simple mirada a Cristo, sin hacer consideraciones, sin tratar de "decir algo", ni preocuparnos por la imaginación y los pensamientos. Esforcémonos únicamente en cazarlos tranquilamente con un gesto de mano. Estamos ahí apaciblemente en presencia de Jesús que nos ama. Si es necesario, podemos seguir alimentándonos de una oración muy sencilla que mantiene en nosotros el deseo de estar a disposición de Dios. Esto, sin detenerse a pensar, pero haciendo un verdadero silencio interior. Una vez más, si permanecemos así a los pies de Jesús, incluso en la oscuridad, seamos felices y ofrezcámonos en paz.

- Tened en cuenta que, en realidad, lo más frecuente será alternar la meditación tradicional de la Palabra de Dios con esa forma de oración más despojada que se aprende en la noche.

- Durante el día, nos esforcaremos también en dirigir a menudo nuestros deseos al Señor, es decir, haciendo actos de fe. Una vez más, si esto nos ayuda, diremos una simple palabra, una sencilla oración del corazón, un simple "Dios solo" o cualquier otra fórmula que exprese nuestro deseo de servirle.

DISCERNIR LOS FRUTOS DEL ESPÍRITU

No hay progreso en la vida espiritual sin una vigilancia interior. Y esto es en todo momento, pero debe ir acompañada de serenidad y paz. Es bueno, con ocasión de un retiro anual o mensual por ejemplo, echar una mirada atrás y hacer un balance de lo que estamos viviendo en nuestros momentos de oración.

Reunirse periódicamente con un guía espiritual ayuda a hacer esta revisión de una manera más provechosa. Esta revisión debe ayudarnos a entender mejor los signos que muestran que vamos por el buen camino. Porque nuestra vida diaria es un reflejo de cómo dejamos al Espíritu Santo que nos guíe en la oración. Por lo tanto, una verdadera oración nos hace maleables en las manos de Dios. Y en esos momentos, florecen en nosotros los frutos del Espíritu, que son: *"amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí."* (Ga, 5, 22-23)

De este modo, siempre recordaremos que el Señor está cerca de un corazón de pobre, del que se humilla y acepta su estado con alegría y con una total confianza en Dios. Por eso, debemos aprender a dejar las preocupaciones que nos debilitan. Los que buscan la voluntad de Dios no se dejan distraer por las preocupaciones e inquietudes. Las depositan en las manos del Señor.

DAR GRATUITAMENTE

Por último, podemos recordar que se progresa en la oración, rezando. Nos hemos comprometido a no hablar aquí más que de la oración de la mañana. Sin embargo, recordemos lo que nos pide también la Regla de Vida : *"Además de los tiempos de oración prescritos, se invita a los Hermanos a orar de acuerdo con su temperamento espiritual..."* (D 88). La verdadera oración no se contenta con lo prescrito. Trata de ir más allá y extenderse. No se contenta con lo mínimo. Sabe que para crecer, debe abrirse. Si queremos hacer de la oración un verdadero camino de vida, tenemos que aprender a dar, no lo superfluo de nuestro tiempo, sino el tiempo más valioso,

siguiendo el ejemplo de la viuda del evangelio que dio lo que necesitaba para vivir y no lo que le sobraba. A cada uno se le recomienda que se examine ante el Señor : "¿ No estoy invitado a elegir algún momento suplementario durante el día o por la noche, para expresar el deseo de entregarme a Él solo y para ofrecerle los jóvenes que me han sido confiados ?" Respondiendo personalmente a esta pregunta, podemos comentarla con un superior o un acompañante, para verificar que esta opción es, ciertamente, la de Dios.

Algunas reflexiones de Teresa de Ávila

"Yo gusto a veces de ver a algunas almas que, cuando están en oración, les parece querrían ser abatidas y públicamente afrentadas por Dios, y después encubrirían si pudiesen una pequeña falta que han cometido. Pero si no la han hecho y se la cargan, Dios nos libre." (5ª morada, cap. 3)

"Cuando veo almas muy diligentes en examinar su oración y muy encapotadas cuando están en ella, que parece que no se osan bullir ni menear el pensamiento porque se les vaya un poquito de gusto y devoción que han tenido, y cuando las veo imaginarse que toda la perfección consiste en eso, háceme ver cuán poco entienden del camino por donde se alcanza la unión. Que no y no; ése no es el camino. **Obras quiere el Señor... Haced eso (las obras de caridad)...** por amor de Dios, porque sabéis que el Señor quiere aquello. Ésta es la verdadera unión con su voluntad." (ibid)

"Paréceme a mí que se puede regar un jardín de cuatro maneras. La primera, sacando agua de un pozo a fuerza de brazos, lo cual supone una gran fatiga por nuestra parte ; o bien girando, con ayuda de una manivela, una noria provista de cangilones, ... : con menos trabajo se saca una mayor cantidad de agua ; o bien llevando el agua de un río o de un arroyo : esto se riega mucho mejor y queda más harta la tierra de agua y mejor empapada. Y por fin, cuando llueve mucho, que es el Señor quien riega, sin ningún trabajo por nuestra parte, y es sin comparación mucho mejor que todo lo que queda dicho. "(Libro de la Vida, cap XI)

PARA REVISAR TU VIDA

¿Qué puedo decir de mi propio camino de oración?

Voy a anotar en unas líneas lo que he aprendido de esta lectura, para mi propia forma de oración.

CONCLUSIÓN

Para concluir esta circular, vamos a tomar del Papa Benedicto XVI unas líneas de su primera encíclica, "*Deus caritas est*".

Después de desarrollar la excelencia de la caridad, en la segunda parte del texto, concluye señalando la importancia de la humildad radical al servicio del hermano. Recuerda, en efecto, que "*somos siervos inútiles*" (Lc 17, 10). Luego dice : "*La experiencia de la inmensa necesidad puede, por un lado, inclinarnos hacia la ideología que pretende realizar ahora lo que, según parece, no consigue el gobierno de Dios sobre el mundo... Por otro lado, puede convertirse en una tentación a la inercia ante la impresión de que, en cualquier caso, no se puede hacer nada*" (n° 36).

Podemos correr un doble riesgo en una vida apostólica. Podemos probar muchas iniciativas, implementar todos los talentos que Dios nos ha dado, porque estamos convencidos del bien que podemos hacer educando y evangelizando según el carisma menesiano, pero nos olvidamos de que el actor principal

es Dios. También podemos refugiarnos en lo estrictamente necesario para asegurar la misión que se nos ha confiado, perdiendo de vista el compromiso personal necesario para una verdadera actividad apostólica. ¿Cómo podemos evitar ambas trampas? Por medio de la oración, responde el Papa : "*La oración se convierte en estos momentos en una experiencia muy concreta, como medio para recibir constantemente fuerza de Cristo*" (n° 36). Más adelante, añade : "*En los Santos es evidente que, quien va hacia Dios, no se aleja de los hombres, sino que se hace realmente cercano a ellos*" (n° 42). Después dirige sus ojos a María, "*Madre del Señor y espejo de toda santidad*". Y define así el programa de su vida : "*No ponerse a sí misma en el centro, sino dejar espacio a Dios, a quien encuentra tanto en la oración como en el servicio al prójimo.*"

Por tanto, debemos mirar a María si queremos entrar en una verdadera oración. María realizó la unidad de su vida porque ella lo dio todo. Su corazón transparentaba la luz de Dios. "*María es grande precisamente porque quiere enaltecer a Dios en lugar de a sí misma.... sus pensamientos están en sintonía con el pensamiento de Dios y su querer es un querer con Dios.... Como creyente, que en la fe piensa con el pensamiento de Dios y quiere con la voluntad de Dios, no puede ser más que una mujer que ama*" (n° 41). María es la madre de todos los creyentes. Ella es nuestra Madre para nosotros que deseamos creer y amar más. Mirarla y acudir a ella nos ayudará a aprender a pensar y querer "con" Dios.

Este aprendizaje es un camino largo que requiere purificación y humildad, como hemos visto a lo largo de estas páginas. Por eso, no debemos perder el tiempo. El Señor pasa. ¿Oiremos su llamado? María nos invita a ponernos en camino "con prisa" (cf. Lc 1, 39), para amar "con" el Señor. Ya lo hemos dicho, la oración

es la escuela del amor verdadero. María, que nos muestra al Amor, nos invita a asistir a la escuela de Jesús, Aquel que fue atravesado por la lanza y de donde brotan "ríos de agua viva" (Jn 7, 38). Cuando recemos, pidámosle humildemente su ayuda.

Y ya que empezamos esta circular con el testimonio de Pedro, interpelado por Jesús, acabémosla mirando de nuevo a aquel que, siguiendo a Jesús en su Pasión, lloró amargamente por haberle negado tres veces. Quizás, para aprender a orar como Jesús, debemos pedir a Dios la gracia de estas lágrimas que tanto le agradan y que nos purifican. Ellas "dan alas a la oración. Unidas a la oración, iluminan los ojos del alma."²³ Con los sentimientos de humildad de Pedro, podremos decir, en la verdad de nuestro ser : "Sí, Señor, tú sabes que te amo."

Hermano Yannick Houssay, S.G.

Puerto Príncipe (Haití),
15 de agosto de 2012, en la Fiesta de la Asunción.

²³ cf. Conversión al silencio, Michel Cool, Salvator, 2012, p. 171

